

Procesos toxico en grupos familiares

Por David Maldavsky

David Maldavsky pensaba (comunicaciones personales) que a las tres afrentas al narcisismo señaladas por Freud, la del descubrimiento copernicano (la tierra no es el centro del Universo), la del darwiniano (el hombre es un animal más) y la del psicoanalítico (el hombre no es totalmente dueño de sus actos), se podría agregar una cuarta afrenta: que el hombre no sólo es gobernado por su inconsciente, sino por el inconsciente de otros.

Por eso trabajó sobre las posiciones que el otro y su inconsciente pueden jugar para el sujeto, tomando las concepciones de "Psicología de las masas": el otro ubicado como objeto, como modelo, como ayudante o como rival, agregando también el otro como doble narcisista, y el otro como escudo protector. Con la misma lógica agregó los dobles de "Lo Ominoso": El alma como doble inmortal, la sombra en la melancolía y la Imagen en el espejo. Este es un trabajo interesante en esa línea, con la frescura de los trabajos de David de la década de 1990, cuando fue afirmándose en su investigación del cuerpo, tratado por el yo (o por el otro) como un doble biológico. Habló entonces de algunas cirugías plásticas en las que se le hacen al cuerpo mutilaciones, que jamás se le harían al yo.

Por la misma época comenzó a interesarse por los fenómenos cuantitativos, cada vez más relacionados con lo psicosomático, y por los fenómenos tóxicos que podían atribuirse a vicisitudes de una libido intrasomática. Entre ellas la aparición de lo numérico en el lenguaje, el discurso tóxico y el de la especulación.

Proponemos la lectura de este interesante trabajo porque no solo abre el camino hacia estos conceptos sino por ponernos en contacto con el Maldavsky de los noventa, investigando a Freud desde la clínica y construyendo una teoría esclarecedora.

Dr. Osvaldo Bodni

La toxicidad pulsional en los vínculos familiares. En la práctica clínica con grupos familiares nos hallamos a menudo con un conjunto de manifestaciones que no consienten una reconducción a las constelaciones psíquicas habitualmente descriptas. En este conjunto podría incluir episodios convulsivos, afecciones

psicosomáticas, consumo adictivo de drogas, accidentes repetidos, maltrato corporal, sonambulismo, hiperkinesias, manifestaciones todas que tienen un común denominador, la fijación a procesos tóxicos. Como se advertirá, toda mi argumentación parte de este principio básico: que es necesario considerar al grupo familiar como un efecto de los esfuerzos intrapsíquicos e interindividuales por procesar las exigencias pulsionales, las derivadas de las tradiciones y las de la realidad, aunque de estos tres amos, el primero parece ser el esencial. En este esfuerzo de conciliación de una triple servidumbre, se despliegan procesos anímicos eficaces, que se atienen a diferentes principios, a legalidades de lo más diversas.

En esta ocasión deseo considerar aquellas situaciones en que claudica de la manera más evidente la posibilidad de tramitar las exigencias pulsionales, que entonces se vuelven tóxicas, y para ello nada mejor que comenzar recordando las hipótesis freudianas, según las cuales lo verdaderamente tóxico es la pulsión, cuando el yo inerte ante ella, no puede tramitarla ni motriz ni psíquicamente. Cuando ocurren estos estancamientos libidinales surgen afectos desbordantes, de los cuales Freud describió la angustia automática. En todos ellos prevalece la misma característica: que la magnitud de los procesos pulsionales estancados es tal que desborda por sobre la posibilidad de que la conciencia registre los estados afectivos correspondiente. Se dan entonces esas emociones cuya intensidad hace imposible captar el matiz, el tono psíquico, como se ha descrito respecto de las denominadas alexitimias.

Ahora bien, Freud hace una notable e insistente observación: el estancamiento pulsional se despliega habitualmente en las relaciones interindividuales, y en particular en ciertas prácticas sexuales, como el coitus interruptus o la eyaculación precoz, en que uno de los participantes no logra la consumación voluptuosa y por el contrario conserva una tensión sensual vuelta tóxica.

Por supuesto, no solo un coito puede tener este carácter tóxico; algo similar ocurre con muchos otros vínculos voluptuosos, algunos de los cuales quedan disfrazados como relaciones apasionadas.

Tales vínculos pueden extenderse a las relaciones entre diferentes miembros de la familia, más allá de la pareja misma, y en ellas se mantiene el criterio que Freud describe: uno de los integrantes alcanza una descarga voluptuosa a condición de que otro conserve la tensión pulsional, vuelta tóxica.

Gritos, golpes, muecas, bruscos estallidos o un discurso catártico, alternan con momentos de indiferencia hostil, en que predomina un lenguaje especulador, lleno de números como sustitutos de las fechas, de la temporalidad y de los recuerdos.

Filtro y lugar de descarga. En estos vínculos intoxicantes ciertos integrantes tiene un doble valor: como lugar en que otro descarga un exceso de voluptuosidad, pero también como coraza de protección antiestímulo. Se

suele decir, por ejemplo, que algún hijo funciona para un padre como una droga, digamos como un somnífero o un ansiolítico, en cuyo caso podemos apelar al término filtro (como cuando hablamos de la poción mágica, de amor tal vez), a condición de darle a tal término su valor primordial: el de escudo que protege contra un desborde de estímulos no tanto mundanos cuanto pulsionales.

Muy habitualmente alguno o ambos progenitores se quejan por sufrir una invasión desde la realidad, por estar en una situación de inundación, la cual constituye una forma de evidenciar su inermidad no tanto ante una realidad mundana sino pulsional. Y a partir de esta situación de desborde es que pueden tomar a otros miembros de la familia como lugares para la descarga y como filtros que protegen ante la invasión pulsional no procesable.

Se suele aseverar, con razón, que en un comienzo de la vida posnatal para el neonato la madre cumple con las dos funciones antedichas: de filtro y de lugar para la descarga de un exceso pulsional, y que luego ocurre una progresiva adquisición de tales funciones por el yo infantil, y simultáneamente una mayor diferenciación en esta diada interindividual. Pues bien, hay ocasiones en que tal diferenciación no sobreviene y madre e hijo continúan operando con el supuesto de una unicidad orgánica, y ello como consecuencia de que tales funciones se han dado invertidas, y el niño es tomado por su madre como coraza antiestímulo y como lugar para la descarga de sus procesos tóxicos. Si bien he esquematizado este proceso en torno de una relación madre-hijo, en muchas ocasiones no podemos atenernos a una reducción de tal tipo, pero sí retener lo esencial de lo que he afirmado, atinente a una lógica en cuanto a las distribuciones posicionales.

En tal caso se parte de un supuesto: que pertenecer a una misma familia confiere el derecho de tomar al cuerpo del otro como propio, según se evidencia, por ejemplo, en las situaciones de maltrato infantil. El hijo, y en particular, su cuerpo, no constituye un bien social, sino un patrimonio personal, sobre el cual es posible obrar según el capricho. Podría apelarse a ciertas categorías conceptuales para entender la lógica dominante en tales ocasiones. Podría afirmarse, por ejemplo, que en el grupo en cuestión falta una ley, o una función paterna, sustituida por un despotismo erogeneizado. También podría agregarse que tal ausencia de una ley permite el mantenimiento de una simbiosis patológica previa, de una confusión o de un enlace narcisista entre los miembros del grupo, y que este tipo de vínculo opera como defensa contra la admisión de las pérdidas, o contra el complejo de castración, o contra las decepciones en general. Incluso más, podría destacarse la eficacia de ciertos mecanismos defensivos, como la desmentida o la desestimación, que promueven efectos en la distribución de las posiciones en los vínculos interindividuales.

Si bien todas estas hipótesis son pertinentes, y he recurrido a ellas en otras oportunidades, me

parece que no son suficientemente específicas, ya que podríamos sostener ideas similares acerca de grupos familiares con otras características. Si pretendemos describir la especificidad de los procesos acontecidos en los momentos familiares en que predominan los procesos tóxicos debemos interrogarnos por el criterio específico que rige la indiferenciación, y creo que este puede ser enunciado así: carne de mi carne.

Goce intrasomático en los vínculos familiares: En determinados momentos de un grupo familiar opera una lógica según la cual los distintos integrantes constituyen partes de un cuerpo único, como si todos estuvieran unidos por un cordón umbilical, y uno de los integrantes, o varios, alternativamente, ocupar el valor de filtro y de lugar en que ocurre la descarga.

El agente gracias al cual se logra sostener este criterio está constituido por un erotismo, despertado de un modo hipertrófico, y que en lugar de investir estímulos mundanos toma a un fragmento de algún cuerpo como objeto, como por ejemplo la tumoración maligna que padece una madre, la cardiopatía paterna, los pulmones de un abuelo fumador empedernido, el funcionamiento neuronal de una hija epiléptica, o el dormir, en un adicto a los barbitúricos.

Es que parece necesario pensar que en cada aparato psíquico existe un momento primordial en que el yo aún no se ha desprendido del ello, y la libido inviste órganos y zonas erógenas, antes de que la sensorialidad cobre resalto anímico. En tales ocasiones ciertas actitudes familiares intrusivas, o su inversa, un contexto “desértico”, como lo llama Kreisler, promueven un mismo efecto: despiertan magnitudes voluptuosas hipertróficas, en lugar de registros sensoriales. La sensorialidad es fundada en lo anímico por una proyección desde la erogeneidad periférica: por ejemplo, el pezón es generado por la proyección al terreno sensorial del placer por succionar. Pues bien, cuando acontecen procesos sensoriales hipertróficos como los recién descritos, entonces la erogeneidad periférica no se liga a la sensorialidad, sino que inviste órganos o funciones corporales, que a diferencia de esta, nunca se ausentan, por lo cual la voluptuosidad se promueve como infinita. En tales ocasiones la proyección generadora de la sensorialidad es relevada por una introyección orgánica, en el caso de las afecciones psicósomáticas, las crisis convulsivas, y el sonambulismo, o por una incorporación, en el caso de las adicciones.

Al no constituirse una sensorialidad investida, y por ello dotada de valor anímico, no pueden desarrollarse proyectos, por ejemplo, respecto a una exterioridad a la familia misma, y las dimensiones temporales y espaciales forman un conglomerado no desplegado, los problemas no pueden ser evaluados con su jerarquía relativa, y la pulsión permanece no ligada más que a los órganos, como una forma precaria de estructuración. Ciertas partes del cuerpo mantienen una presencia imposible de sustituir por una

representación-órgano, y por lo tanto de dotar de significatividad simbólica. El estado económico global en tales momentos es similar al del dormir, en que se retira la investidura de la sensorialidad y los diferentes sistemas representacionales mundanos, para sobreinvertir ciertos órganos y sus representaciones. Solo que en los procesos tóxicos el dormir se da en vigilia. La falta de investidura de la sensualidad mundana introduce el privilegio de una tentativa de comunicación telepática, la cual se basa, según Ferenczi, en el supuesto de que puede restablecerse (o jamás se perdió) la unicidad orgánica primordial con el otro. La habitual creencia de muchos de estos pacientes en la influencia de los astros, de los cuerpos celestes, sobre los estados anímicos u orgánicos propios o de otros individuos, se corresponde con este criterio según el cual los procesos pulsionales de diferentes ellos se articulan entre sí, más allá de los distintos yoes. Estas influencias recíprocas entre procesos pulsiones y afectivos interindividuales cobran especial eficacia en aquellas ocasiones en que los respectivos yos no logran establecer ligaduras psíquicas, representacionales, con las exigencias provenientes del ello, como ocurre precisamente en estas situaciones de carácter tóxico, de donde derivan muchas fallas en la producción de proyectos vitales, sobre todo para las horas de ocio. En tales casos suele darse una falta de circulación o de futuro para ciertos objetos o informaciones, como por ejemplo un paciente, industrial, epileptoide, que se entusiasmaba con la fabricación de productos que luego no lograba vender, o una paciente cuya alopecia comenzó cuando decidió establecer un vínculo erótico con un sacerdote firmemente decidido a no dejar los hábitos. Tal falta de circulación deriva de que no se ha constituido verdaderamente una exterioridad (entendiendo por tal una sensorialidad con significación psíquica), como ocurre al dormir. Una paciente describió una situación diciendo que en su vigilia era como si ella soñase que tenía una pesadilla. Era una joven que mantenía un vínculo incestuoso con un hermano mayor, y para ella la realidad mundana carecía de valor psíquico. Freud afirma que cuando se sueña que se sueña, el contenido onírico es objetivo. Si aplicamos esta idea al comentario de la paciente, deduciríamos que para ella su vida cotidiana era una pesadilla, es decir, que no hay exterioridad, ya que esta solo se constituye si el soñante despierta, y en tal caso surge verdaderamente la vigilia y la sensorialidad. Igualmente, en estos contextos tóxicos familiares el despertar ansioso de uno de los miembros del grupo a raíz de un sueño pone de manifiesto un esfuerzo por zafar de esos vínculos de recíproca toxicidad y el intento de no precipitarse en el aturdimiento por el goce intrasomático.

Contexto. Quizás requiera alguna aclaración adicional una parte de la fórmula inicial: que en estos momentos familiares aparece una fijación a un contexto intoxicante. Me refiero no tanto al término “intoxicante”, ya considerado, sino al término “contexto”. En efecto, se suele decir, de un modo muy

impreciso, que los episodios psicossomáticos, adictivos o convulsivos, se relacionan con pérdidas de algún objeto significativo y a veces se agrega: pérdida que actualiza duelos tempranos. Sin embargo, la imprecisión persiste, a menos que se describa de modo más refinado eso denominado como objeto, y que tiene una función particular, la de contexto.

Deseo aclarar este concepto. Consideremos una situación prototípica, la del dormir. La retracción libidinal que corresponde a ella solo se logra en la medida en que los estímulos mundanos no sean hiperintensos (sonidos desmesurados) ni nulos (silencio absoluto, por ejemplo), porque en tal caso dichos estímulos pierden su cualidad para trasmudarse en excitaciones pulsionales, que por lo tanto interfieren en la posibilidad de dormir. En cambio, cuando no son ni hiperintensos ni nulos (como un murmullo, por ejemplo), los estímulos se vuelven indiferentes, es decir no diferenciados ni investidos, y es esta la característica del contexto. Freud sostenía que el yo real primitivo, el primero en constituirse, tiene encomendada una importantísima tarea: distinguir entre estímulos endógenos, de los que es imposible fugar, de exógenos, ante los cuales la huida tiene éxito. Mientras que los primeros tienen el máximo interés, los segundos resultan indiferentes, y son ellos los que constituyen el contexto. Con ellos quiero decir que estos estímulos son la réplica sensorial de los procesos pulsionales: si surge la necesidad de dormir, se vuelve indiferentes, pero si despierta el hambre, se hacen presentes. Si en cambio el estímulo sensorial no se aviene a esta articulación con los procesos pulsionales, entonces sobreviene una hipertrofia voluptuosa, vuelta toxica, sea por exceso de estimulación sensible, o por su ausencia. En tales casos lo que tendría que haber sido una impresión sensorial, por volverse excesiva o nula, se transforma en una excitación sensual. Así ocurre, por ejemplo, en las hiperkinesias, en las cuales la propia motricidad deja de ser un estímulo sensorial (como cuando predomina un preconiente motriz, por ejemplo) para trasmudarse en sensualidad desbordante, toxica.

Lacan realiza observaciones bastante similares a las que acabo de exponer, cuando afirma, respecto de las afecciones psicossomáticas, que el cuerpo queda marcado no tanto por una letra, sino por un número. Para aclarar qué entiende por este último término cita a Pavlov, quien había sostenido que un perro, sin preparación previa, reacciona de igual modo ante un estímulo visual, para el que estaba condicionado, que ante uno auditivo, siempre y cuando ambos posean la misma frecuencia, el mismo ritmo. Este concepto, el de frecuencia, ritmo o período, abarcado en el término número, coincide con la hipótesis freudiana sobre el período. Existen períodos pulsionales y períodos del mundo físico que rodea al propio cuerpo. De la articulación de ambos períodos surge la sensorialidad, mientras que la falla en esta articulación deja al cuerpo en un estado de permanente voluptuosidad, vuelta toxica. Cuando ambos ritmos, los pulsionales y

los mundanos, coinciden, entonces ocurre una producción de la sensorialidad, que recibe una investidura, coincidente con una proyección de la pulsión en la percepción. Cuando no se da tal coincidencia, entonces la sensorialidad no se constituye, y en su lugar sobreviene una incitación pulsional hipertrófica, y lo mundano no se distingue de lo orgánico, ambos unidos por un goce corporal que no cesa. En lugar del proceso proyectivo antes mencionado ocurre otro, de dirección inversa, desde lo mundano hacia el cuerpo. Como solo es posible que se discriminen los cuerpos cuando se pierde parte de la voluptuosidad para dejar lugar a la sensorialidad y de allí a la representación, podemos decir que ese cordón umbilical constituido por una sensualidad hipertrófica no se ha cortado, y ciertas regiones o funciones del organismo no han nacido a la significación anímica, no han consentido en una conducción hacia la inscripción psíquica, y se mantienen en cambio no tanto como fuentes pulsionales, sino como objetos para el goce intrasomático. Esta parece ser la situación en esos momentos familiares, que parecerían corresponder a lo que Bion denominó procesos protomentales en los grupos. En tales condiciones se dan los procesos tóxicos en un grupo familiar, con el agregado de que quien desborda voluptuosamente a otro tiene además una identificación (habitualmente reprimida) con la situación tóxica que ese otro padece, por lo cual suele acontecer un retorno de aquello de lo que se pretendió sustraerse.

Las palabras son sustituidas entonces por números, y el paso del tiempo es refutado por la especulación que tiene un ideal: la ganancia, el porcentaje. Las cosas no tienen nombres, sino precio, y el fantaseo es sustituido por el cálculo de los intereses.

Metapsicología freudiana de las distribuciones interindividuales. Freud afirma que las psicosis se dan en tres momentos. En el primero, la libido se retrae de los representantes psíquicos de la realidad, en el segundo esa libido invierte un yo, y en el tercero, por fin, la tentativa de restablecer la investidura mundana inicial culmina en los episodios alucinatorios y delirantes. La razón por la cual se retira la libido de la realidad y sus representantes psíquicos es que ha sobrevenido una herida narcisista, una falla en el ser, una disolución de una identificación primaria. Precisamente la retracción de la libido al yo pretende restablecer de modo precario una investidura narcisista arruinada. Pero si con la retracción libidinal al yo se ha logrado resolver provisoriamente la crisis, cabe preguntarse por qué surge el momento restitutivo, y con él el cortejo sintomático más evidente. Freud responde: porque esta libido objetual retraída al yo se estanca, y por lo tanto puede conducir hacia estados tóxicos. Por lo tanto, cuando se hace perentoria la salida de esta retracción narcisista, pueden darse al menos dos opciones: o bien el proceso restitutivo, habitualmente realizado gracias al desarrollo de una proyección patógena, o bien la insistencia en el statu quo alcanzado,

en cuyo caso no aparecen tanto manifestaciones alucinatorias o delirantes sino más bien afecciones psicosomáticas, gracias a una introyección orgánica.

No quiero decir con esto que las afecciones psicosomáticas (u otras, de carácter tóxico) sean equiparables a una psicosis, sino más bien que se trata de dos alternativas posibles, aunque, por supuesto con las posibilidades de su recíproca permutación en la medida en que se emplee una u otra de estas dos defensas patógena: o bien la proyección o bien la introyección intrasomática (o la incorporación, en las adicciones).

En un grupo familiar pueden darse estas mismas alternancias, con una distribución entre toxicidad y psicosis en distintos integrantes, o puede sobrevenir una resolución diferente, como cuando, para defenderse del riesgo de una psicosis, algún integrante despliega una actividad desafiante ante la realidad y/o la ley, en cuyo caso se manifiesta como trasgresor (perverso, depresivo, esquizoide). En tal caso, la distribución interindividual se daría en estos términos: algunos padecen la toxicidad pulsional y otros son perversos, por ejemplo, y la psicosis aparece como horizonte de riesgo, proyectada. En otras ocasiones, por fin, se da una distribución tripartita, en que alguno conserva la toxicidad pulsional, otro es un estafador, y un tercer, paranoico.